

Necrológica

En la muerte de Paul Sweezy Lecciones de economía política y de activismo civil que preparan el futuro

Salvador Aguilar

Universitat de Barcelona. Departament de Teoria Sociològica
saguilar@ub.edu

Hemos sabido, por una cuidada necrológica publicada en *El País* («Paul Malor Sweezy, economista marxista, víctima del macartismo», firmada por el economista Diego Guerrero, de 4 de marzo de 2004), que también al longevo Paul M. Sweezy (93 años) le ha alcanzado el tiempo, para usar esta certera expresión de Luis Cernuda. Sirva la presente semblanza como pequeño homenaje a este hombre tan representativo de la generación de la izquierda occidental que durante el curso de su vida vivió de cerca la trepidante agitación del «siglo corto» (1914-1991), según la acertada caracterización de Eric Hobsbawm. Nada menos que las crisis agónicas del capitalismo, las dos guerras mundiales, el auge y el declive del comunismo de modelo soviético, la mítica edad de oro del capitalismo (1945-1973), el triunfo y la derrota relativas del movimiento obrero organizado, el surgimiento de la «nueva izquierda» y un sinnúmero de «crisis» sustanciales del marxismo, el socialismo y el comunismo. Inevitablemente, esta nota será también una reflexión muy personal en la medida que Sweezy fue mi maestro y un leal amigo y compañero¹ en las venturas y desventuras de la edición de Barcelona de *Monthly Review* (la *Revista Mensual/Monthly Review*, que apareció en castellano entre 1977 y 1982, y que reaparece este mismo mes de mayo de 2004). El objeto adicional de estas líneas es el de intentar transmitir un mensaje a la nueva generación sobre un perfil prototípico, como es el de Sweezy, de lo mejor de la izquierda marxista occidental del siglo XX. Quizá convenga extraer algunas lecciones de ésta y parecidas biografías ante el panorama que aguarda a la izquierda del siglo XXI.

Sweezy fue muy conocido en el siglo pasado por tres razones principales que examinaremos sucesivamente: su obra intelectual y, en particular, sus innovadores trabajos como economista marxista; su labor educativa, universitaria y

1. Esta inapreciable cualidad de Sweezy ha sido también subrayada, en términos parecidos, pero de manera muy bella, por Andre Gunder Frank: «como muchos otros, me he beneficiado también de la inflexible lealtad y amistad personal que Paul ha mostrado a generaciones de compañeros de viaje en la senda hacia un mundo mejor» (*Monthly Review*, vol. 51, n.º 11, abril de 2000, p. 49).

extrauniversitaria, y en particular su ingente trabajo como editor de publicaciones marxistas y en general de ciencias sociales de orientación crítica, de la cual la más conocida es su actividad como fundador y uno de los principales animadores de la mítica revista norteamericana *Monthly Review*, fundada en 1949 (publicación mensual que, junto con la francesa *Les Temps Modernes* y la británica *New Left Review* han sido con toda probabilidad las revistas de la izquierda independiente más influyentes de la segunda mitad del siglo XX), y en tercer lugar, finalmente, su trayectoria como activista político, quizá menos aparente y conocida que la de un Jean-Paul Sartre, pero en cierto sentido, quizá, más perdurable.

El economista

Paul Marlor Sweezy nació el 10 de abril de 1910 en la ciudad de Nueva York en una acomodada familia *wasp*, y su proceso de educación formal le hizo transitar por la Phillips Exeter Academy (1927), la Universidad de Harvard (B.A. en 1931 y doctorado en 1937, con una tesis de tema histórico, publicada en 1938 por la Harvard University Press, titulada *Monopolio y competencia en la industria inglesa del carbón, 1550-1850*) y finalmente la London School of Economics (1932-1933). A continuación, ejerció como profesor en Harvard durante el período 1934-1942, en parte bajo la égida de uno de los gigantes de la teoría económica, el economista de origen austríaco Joseph A. Schumpeter, una experiencia que más de medio siglo después evoca este comentario de Sweezy:

Durante uno o dos años fui su asistente para el primer curso de postgrado en teoría económica, pero nuestra relación era en gran parte personal y tenía múltiples facetas. Nos llevábamos muy bien, aunque estábamos en polos opuestos del espectro político. Para el momento en que regresé a Cambridge en 1933-1934, yo ya me consideraba marxista. Asistí al seminario de postgrado de Schumpeter en ese momento y comprobé que era muy respetuoso con el marxismo. Quiero decir, Schumpeter era básicamente una persona muy conservadora. Estábamos en polos opuestos. Pero nunca tuvo nada de torpe, y se dedicó de forma más o menos deliberada a construir una estructura de pensamiento capaz de rivalizar con Marx. En otras palabras, en cierto modo tomó a Marx como modelo. Sentía una gran admiración por Marx. En todas sus obras trata a Marx con una seriedad completamente ajena al modo en que la teoría económica angloamericana trataba a Marx y al modo en que lo ha tratado hasta este mismo día. Aunque no estuviera de acuerdo con él, era una buena persona con la que discutir, con la que hablar, y sus conocimientos históricos eran inmensos por supuesto. (Véase «Entrevista con Paul Sweezy», en *Monthly Review. Selecciones en castellano*, n.º 1, Ed. Hacer, Barcelona, 2004, p. 140.)

Encargado de un curso en Harvard sobre la economía del socialismo, Sweezy se dispone a escribir su primera gran obra. En efecto, si existe la economía política marxista, con seguridad *Teoría del desarrollo capitalista* es uno de sus pilares. Esta obra, publicada originalmente en 1942 y todavía no descataloga-

da, es un brillante compendio y actualización del enfoque de Marx en *El capital* y su aplicación a los fenómenos dominantes de la época, los años preparatorios de la Segunda Guerra Mundial, como el capitalismo monopolista, el imperialismo y el fascismo. Con un subtítulo definitorio (*Principios de economía política marxiana*), extrañamente eliminado —quizá por razones de censura— de la versión castellana del FCE, *Teoría del desarrollo capitalista* sigue siendo una muy eficaz popularización, sin concesiones a la simplificación, en la orientación indicada por su subtítulo. Si alguien quiere enterarse de lo esencial de la teoría económica de Marx, sin deformarla, y de su posible aplicación al mundo de hace cincuenta años éste sigue siendo el texto de referencia (al que el mismo Sweezy añadió sucesivas *addendas* en forma de libros posteriores que, sobre todo en las décadas de 1970 y 1980, fueron actualizando el análisis del trayecto evolutivo del capitalismo contemporáneo). Un texto que contiene ya, además, lo que será una de las marcas distintivas de la obra de Sweezy y de la revista *Monthly Review*, el estilo: forma de razonamiento ejemplar, buena y proporcionada relación entre teoría y análisis empírico, abordaje de las complejidades del fenómeno bajo análisis, y servido todo ello por una escritura hermosa y austera que se resiste a la retórica e intenta ante todo hacerse entender por todo el mundo. No encontraremos en Sweezy, algo no tan extraño en el marxismo occidental, dos estilos (uno destinado a la popularización y otro para las obras más —llamémoslas así— técnicas), una separación cortante entre la escritura académica y la escritura política de agitación. Ésta es la visión retrospectiva sobre esta obra del propio Sweezy en una entrevista de 1999 (véase «Entrevista con Paul Sweezy», op. cit., p. 144):

Me convertí en ayudante del curso de teoría económica del socialismo a mediados de la década de 1930. No recuerdo en qué año. El profesor era entonces Edward Mason, y fui su ayudante durante dos o tres años. Después, cuando se cansó del curso, me lo pasó a mí. Pasaba a ser mi curso. Mientras daba dicho curso, me di cuenta de que no existían lecturas adecuadas sobre la economía marxista. Empecé a preparar mis propias clases, que después de un periodo de cuatro o cinco años se convirtieron en el primer borrador de *Teoría del desarrollo capitalista*. Se publicó, pienso, en noviembre de 1942. Yo me fui al ejército un par de semanas después. Creo que tuve el primer ejemplar que salió de la imprenta una semana antes de irme al ejército. Nunca hice una nueva edición, algo que podría ser, quizás, una buena manera de mantener más viva la obra. No me interesa cambiar nada. En ese sentido estoy de acuerdo con Schumpeter, que dijo una vez que los libros son como los hijos: una vez que se van de casa, ya no puedes seguir jugando con ellos. Tienen su propia vida. Pero, aún hoy, si un profesor quiere introducir una clase de economía en la economía marxista, sigue sin tener mucho a lo que recurrir. Así pues, es probable que el libro se siga usando para eso, espero.

De su feliz asociación con otro gigante de la economía política de izquierdas, Paul Baran (conocido sobre todo por su estudio *La economía política del crecimiento*, de 1957), surge en 1966 lo que puede considerarse, al menos

en términos de difusión, la otra gran obra larga que registra la bibliografía de nuestro autor: *El capital monopolista. Ensayo acerca del orden social y económico de Norteamérica*, estudio donde se desarrolla el énfasis característico de la «escuela Monthly Review» en las cuestiones del monopolio y la gran empresa como parámetros realmente diferenciadores del capitalismo moderno, en el sentido de que el surgimiento de la empresa gigante modifica las leyes de funcionamiento del capitalismo. La tesis general es que entre finales del siglo XIX y primera parte del XX surge un número relativamente reducido de grandes empresas que, para finales de la Segunda Guerra Mundial, han desarrollado ya «cierta forma y estructura comunes»: independencia financiera, comportamiento de oligopolistas racionales, tendencia creciente de la rentabilidad y consiguiente generación de un problema de absorción del excedente. Estas características, siguiendo el trabajo pionero al respecto de Kalecki y Steindl, presionan hacia el estancamiento, algo que sólo puede ser contrarrestado por fuerzas externas a la economía propiamente (militarismo, imperialismo, publicidad, etc.)².

Las dos obras citadas tienen en común una marcada tendencia al análisis histórico, algo que Sweezy ya había ensayado en un famoso intercambio con Maurice Dobb y otros sobre el paso del feudalismo al capitalismo³, hasta convertirse en una de las características distintivas del conjunto de su obra:

[...] yo siempre había sido muy escéptico respecto a todo el asunto de la utilidad marginal y el individualismo, aunque no había construido con ello nada parecido a una perspectiva diferente hasta que llegué a Marx. Entonces, todo encajó rápidamente. No obstante, se tarda tiempo en internalizarlo, y en que se convierta no sólo en algo con lo que estás de acuerdo, sino en algo que utilizas en tu pensamiento, que forma parte automáticamente de tu modo de ver las cosas, parte de tu modo de enfocar los problemas. Es algo muy distinto del mero hecho de aceptar unos principios o unas fórmulas, cuando las internalizas y las utilizas.

Cada vez más, me fui convenciendo de que la ciencia social es realmente historia. Ése es el objeto de la ciencia social. No puedes dividirla en economía, política y problemas sociales. Todos están entremezclados. Hace falta concentrarse en ciertos problemas, en ciertas cuestiones, pero llegó a parecerme que separarlos para hacer de ellos un campo específico hacía imposible un enfoque realmente científico —en el sentido de aspirar a un verdadero conocimiento— de los fenómenos sociales. En el fondo, el enfoque tiene que ser histórico. El marxismo es el único enfoque que hace posible ese tipo de perspectiva coordinada, integrada, del proceso histórico y, en ese sentido, el materialismo histórico es la base de toda la ciencia social. («Entrevista con Paul Sweezy», op. cit., p. 140-141.)

2. Las comillas y el comentario corresponden al artículo siguiente: Paul Sweezy, «*Monopoly Capital after 25 years*», en *Monthly Review*, vol. 43, n.º 7, p. 52.
3. M. DOBB, P. SWEETZ y R. HILTON, *La transformación del feudalismo al capitalismo*, Crítica, Barcelona, 1977.

Este interés de Sweezy por la historia se refleja también en numerosas observaciones que hace, llenas de talento macrosociológico, sobre los diversos tiempos del proceso de la historia, un tema muy braudeliano; como ésta, hecha al iniciarse la gran transformación postcomunista de la antigua URSS y dirigida a los analistas que anticipaban una transformación prácticamente instantánea de ese país:

[...] la regla general de que todo funciona con lentitud en la historia. Puede que algo vaya más rápido de lo habitual en fases previas de la historia, pero incluso la historia rápida es algo suficientemente lento si se mide de acuerdo con el cuadro temporal de la vida de un individuo. Por lo general, debemos pensar en términos de generaciones y no de años o de décadas⁴.

Pero nuestro autor, en una típica orientación de economía política basada en Marx, no se limitó a las obras de carácter económico e histórico, sino que supo complementarlas con otras de naturaleza política. Aunque más breves, normalmente artículos de revista de una veintena de páginas, tuvieron muy buena recepción e impacto intelectual, en primer lugar, sus análisis sobre la relación entre capitalismo y democracia (véase por ejemplo, entre otros, el artículo con ese título de *MR*, vol. 32, n.º 2) y, por otro lado, su pionero intento de caracterización desde el marxismo de las sociedades surgidas en los países de «socialismo real» después de la revolución soviética de 1917. Sweezy probablemente no produjo en los inicios de su carrera una visión sobre las sociedades de modelo soviético fundamentalmente original y diferente a las de otros marxistas de la época (véanse por ejemplo sus comentarios al respecto en la «Entrevista con Paul Sweezy» citada; o los que hace en la entrevista citada en la nota 4) y, en esa senda, alumbró textos sobre la revolución cubana de 1959, como *Cuba: anatomía de una revolución* (1960) y *Socialismo en Cuba* (1969), ambas con Leo Huberman. Pero a partir de la década de 1970 concibió una manera peculiar de aproximarse al análisis de esas sociedades que, a nuestro entender, forma parte de lo más destacado de la (escasa) teoría social que supo enfocar correcta y anticipadamente la caracterización de aquéllas y brindar, mucho antes de 1989, un cuadro conceptual complejo que permitía entender las contradicciones y paradojas de las sociedades de modelo soviético (entre estas brillantes excepciones y anticipaciones deben mencionarse, además de la aportación de Sweezy, la obra pionera de Rizzi, ciertas percepciones de Trotsky, otras de Lefort, y la obra contemporánea del sociólogo Barrington Moore, además del trabajo de los marxistas Charles Bettelheim y Ernest Mandel)⁵. Sweezy es el que primero definió con remarcable precisión

4. En «Two interviews with Paul Sweezy», por Kiyoshi Okonogui y Robert Weissman, en *MR*, vol. 43, n.º 7 (diciembre de 1991, p. 13).

5. Sweezy y Huberman habían establecido su posición intelectual y política sobre los países de modelo soviético ya en su primer editorial fundacional («Where we stand», *MR*, vol. 1, n.º 1, mayo de 1949), considerando allí que la propiedad pública de los medios de producción y la planificación central garantizaban ya lo esencial del socialismo. En 1956 variaron

el meollo del fenómeno, y lo hizo aplicando el enfoque de Marx al estudio de unas sociedades cuya ideología oficial se reclamaba centralmente del marxismo. Su conclusión fue que, más allá del uso del marxismo como ideología oficial del régimen, se trataba de nuevas sociedades de clase, con unos principios novedosos de estratificación social y dominación política, poscapitalistas y posrevolucionarias, pero en absoluto socialistas ni comunistas⁶:

[...] desde la perspectiva marxista, el socialismo es, no sólo un sistema económico de propiedad y planificación estatales, sino también un sistema político de democracia obrera.

En mi opinión, la Revolución Rusa materializó de hecho las primeras dos condiciones necesarias del socialismo: la propiedad estatal de los medios de producción y la planificación económica. Los líderes bolcheviques de la revolución intentaron originalmente la realización de la democracia de los trabajadores, pero, debido a razones demasiado numerosas y complicadas para ser analizadas aquí, no lo consiguieron. En lugar de eso, lo que ocurrió, bajo Stalin y sus sucesores, fue precisamente el surgimiento de una nueva clase dominante de amos y gestores. Esta nueva clase dominante se organizó y reprodujo por medio del Partido Comunista y su peculiar criatura, la *nomenklatura*; y se atribuyó un control ilimitado sobre la economía y las fuerzas armadas y aparatos de seguridad del país. Sin embargo, nunca fue una clase dominante fuerte, en el sentido que los capitalistas en los países de capitalismo desarrollado constituyen una clase dominante fuerte, con una hegemonía ideológica y cultural ejercida sobre las clases dominadas.

La concepción de Sweezy, además, da cuenta, de manera original pero bien fundamentada, del arcaísmo evidente de muchas de las dimensiones de la sociedad soviética⁷:

significativamente esta posición; y después de la entrada de los tanques soviéticos en Hungría escribieron que «cualquier pretensión que la Unión Soviética pudiera tener sobre el liderazgo moral del movimiento socialista mundial se acaba de extinguir» (en Christopher Phelps, «Introduction: a socialist magazine in the American century», *MR*, vol. 51, n.º 1, mayo de 1999, p. 23). Desde mediados de la década de 1960, los editores de *MR* señalan ya la presencia en la URSS de una sociedad de clases y el abismo existente entre la burocracia política y militar, por un lado, y el pueblo llano, por otro.

6. Esta interpretación, difícil de encajar en un mundo intelectual, el de la Guerra Fría, donde el *establishment* político y académico de ambos bandos no ponía en duda el carácter comunista y revolucionario de los regímenes del Este, está bien desarrollada en las polémicas —de gran categoría intelectual— que Sweezy mantuvo con Charles Bettelheim y Ernest Mandel, entre otros. Véase Charles BETTELHEIM y Paul SWEETZY, *Problemas actuales del socialismo* (Siglo XXI, Madrid, 1973); el número monográfico de *Revista Mensual/Monthly Review*, «Crítica del “socialismo” burocrático», vol. 2, n.º 12; el importante artículo de Paul SWEETZY, «Revolución desde arriba: la URSS en los años veinte», en *Revista Mensual/Monthly Review*, vol. 2, n.º 1-2, y también el artículo «Postrevolutionary society» (*MR*, vol. 32, n.º 6), así como el libro del mismo título de 1980. La cita que sigue procede de «Two interviews with Paul Sweezy», por Kiyoshi OKONOGUI y Robert WEISSMAN, *MR*, vol. 43, n.º 7, diciembre de 1991, p. 3.
7. Paul SWEETZY, «La sociedad postrevolucionaria», en *Revista Mensual/Monthly Review*, vol. 4, n.º 9, junio-julio de 1981, p. 55.

Bajo el capitalismo, como escribió Marx, «el capital y la expansión del mismo son el punto de partida y de llegada; la producción es sólo producción para obtener capital». Éste es con mucho el elemento más importante de la sociedad capitalista. Si no se entiende o si se pierde de vista este hecho, es imposible comprender el funcionamiento del capitalismo, sus contradicciones y limitaciones históricas. Por la misma razón, la diferencia más importante entre el capitalismo y la sociedad postrevolucionaria es la supresión de este predominio absoluto del capital y su sustitución por la dominación directa de una nueva clase dominante que no deriva su poder y sus privilegios de la propiedad y/o el control del capital, sino del control no mediado del Estado y sus multiformes aparatos de coacción. Esto significa que la utilización del producto excedente de la sociedad —que bajo el capitalismo y en algunas formas de sociedad precapitalista es producido por una clase obrera desposeída— ya no se rige por las leyes del valor y la acumulación de capital, sino que se convierte en foco central de un proceso político y obviamente también de luchas políticas, incluidas (pero no exclusivamente) las luchas de clases. En este sentido, las sociedades postrevolucionarias se diferencian del capitalismo, asemejándose en cambio a las sociedades precapitalistas que tampoco poseen una base económica autónoma.

Sweezy, finalmente, realizó una aportación valiosa, junto con Baran, Magdoff y otros autores de la «escuela Monthly Review», a la teoría de la dependencia, según la cual los países ricos del centro del sistema mundial capitalista imponen por medio del imperialismo y el intercambio desigual de relaciones de dependencia a los países pobres de la periferia. Una perspectiva teórica que alimentó durante años un cierto acento tercermundista de la escuela, probablemente mitigado, sin embargo, durante las dos últimas décadas.

El educador

Más allá de un teórico sofisticado y un analista atento de los cambios constantes en la realidad empírica objeto de la economía política, Paul Sweezy ha sido también, en segundo lugar, lo que podríamos llamar un auténtico líder de opinión, desplegando una ingente labor en actividades de difusión de los estudios más innovadores del pensamiento crítico y, en particular, de la izquierda independiente occidental (en primer lugar, claro está, los suyos propios).

Aunque este capítulo de su vida se inició como profesor en la Universidad de Harvard, el talante político y cívico de Sweezy hacía presagiar una asociación inestable con el *establishment* académico, como así fue. Y los embates del macartismo de la primera Guerra Fría hicieron el resto⁸, por lo que Sweezy se con-

8. En la iluminadora entrevista de 1999 ya citada, Sweezy explica sin tapujos el escarnio al que el *establishment* académico norteamericano, en el marco de la Guerra Fría, sometió a investigadores de la izquierda tan brillantes como Paul Baran, un movimiento represivo que se extendió con facilidad y que vació durante muchos años las universidades estadounidenses de todo rastro de pensamiento crítico y, en particular, marxista. Véase «Entrevista con Paul Sweezy», en *Monthly Review. Selecciones en castellano*, n.º 1, Hacer, Barcelona,

venció muy deprisa de que su futuro en el mundo universitario era muy negro. Por este motivo, y también y sobre todo por convicción político-cívica, al igual que su coetáneo, el gran historiador británico Edward Thompson, Sweezy produjo obras de gran impacto universitario, pero su labor docente y difusora se concentró no allí, sino en las aulas de formación sindical, las conferencias y debates para auditorios de clase obrera, la creación de revistas de la nueva izquierda (en el caso de Thompson, la *New Left Review*, de la que fue cofundador; en el caso de Sweezy la *Monthly Review*) y el trabajo editorial dedicado al pensamiento político y las ciencias sociales de orientación crítica (la editorial Monthly Review Press). Como veremos, el macartismo académico y la automarginación de Paul Sweezy acabaron haciendo posible el nacimiento y la larga vida de una de las revistas y una de las editoriales de la izquierda independiente occidental más fecundas e innovadoras.

Pero antes de entrar en este capítulo, conviene decir que el breve Sweezy universitario (unos años en Harvard y, después, algunas y espaciadas apariciones en unas pocas universidades de élite) dejó ya una marca indeleble del «estilo (docente aquí) Monthly Review». La nota necrológica citada al principio, de D. Guerrero, menciona uno de los episodios que ha contribuido a cimentar la fama de Sweezy como pedagogo: el curso sobre *El capital* que ofreció en la universidad New School for Social Research durante el otoño de 1975. Según Jerry Levy, uno de los asistentes y que Guerrero utiliza de fuente principal:

Sweezy accedió a dar este curso para llenar el vacío, temporal pero devastador, que había dejado en el departamento de Economía de la New School la muerte de Stephen H. Hymer, a los 39 años, en un accidente de automóvil en febrero de 1974. El curso era diferente de cualquier otro [...] Déjenme decirles algo al respecto. Para empezar, no había ningún aula lo suficientemente grande en el edificio de la New School de la Quinta Avenida, por lo que la clase tenía que darse en una enorme y repleta sala que había en la Calle 12, y que había sido antes una cafetería. No recuerdo cuantos estudiantes había —como mínimo 150; quizá 200— [...] Nunca antes —y por lo que recuerdo, tampoco después— había habido una clase tan grande en el departamento de Economía de la New School. Eso no era una clase cualquiera: era un acontecimiento [...] La inmensa mayoría de los estudiantes simplemente lo adoraba. No recuerdo que su estilo de dar clase fuera particularmente impresionante. A juzgar por las reacciones de otros estudiantes, parecía que no estaban de acuerdo. Era demasiado [...] profesoral. Desde luego no era un orador como Luxemburg, Lenin o Trotsky. Pero a su manera era también una leyenda viva.

2004. Una de las relativas excepciones fue la universidad de Nueva York New School for Social Research, uno de cuyos históricos profesores fue nada menos que Thorstein Veblen, centro que ofreció refugio a los mejores talentos del pensamiento crítico europeo que huían del nazismo en los años treinta y contribuyó así a crear un ambiente de ciencia social crítica a la europea poco habitual en los Estados Unidos.

Tuve la fortuna de ser alumno tanto de Hymer (en el curso 1972-1973) como de Sweezy en el curso relatado por Levy, y conservo los papeles de éste último. Por ello creo que merece la pena hacer las siguientes apostillas al relato de Jerry Levy:

a) Stephen Hymer era efectivamente ya muy conocido en 1975, sobre todo por sus estudios sobre las compañías multinacionales y por un brillante ensayo de teoría económica (publicado por cierto en la *Monthly Review*⁹) titulado «Robinson Crusoe y la acumulación primitiva»¹⁰. Pero Sweezy, una generación mayor, era una celebridad: es completamente cierto que «a su manera era también una leyenda viva». Las expectativas creadas entre los estudiantes de ciencias sociales del área de Nueva York al conocerse que Sweezy sería el sustituto de Hymer¹¹ generaron una matriculación sin precedentes (mi memoria, quizá no totalmente nítida en este punto, me hace pensar que los asistentes éramos unos trescientos) y un clima reverencial que presidió todas las sesiones. Aunque esta peculiaridad del curso probablemente se debía en parte a la costumbre de Sweezy ya citada (como lo fue también, por ejemplo, y por motivos similares, de otro peso pesado de la izquierda de la época, Edward P. Thompson) de no prodigarse mucho en la docencia universitaria regular¹² y concentrarse, en cambio, en la docencia política (a sindicalistas o activistas) y en la labor editorial. Estos «silencios» tenían el efecto de acentuar el clímax de la presencia, cuando se producía, en los recintos universitarios «normales».

Por lo que respecta al «volumen» de la asistencia al curso, conservo una circular del Programa de Economía Política donde se ubicaba la asignatura «Lectura y utilización de *El capital*», en la cual la dirección de éste comunica que, lamentándolo mucho, y en contra de la práctica habitual, tiene que imponer una tasa de asistencia de 100 dólares a los no matriculados debido a que «si este curso se ofreciera sin restricción alguna podríamos encontrarnos con que hay entre 600 y 800 personas que desean asistir al mismo» (la asistencia normal promedio a las clases de licenciatura de la New School de la época, donde un alumno podía sentarse en la clase de Hannah Arendt,

9. Vol. 23, septiembre de 1971.

10. Reproducido en S. HYMER, *La compañía multinacional*, Ed. H. Blume, Madrid, 1982.

11. Otro de los asistentes, Robert Pollin, describe expresivamente esas expectativas así: «había un sentimiento eléctrico entre los estudiantes de la New School que nos matriculamos en la asignatura de Paul» (*MR*, vol. 51, n.º 11, p. 57).

12. Algo inclusive más cierto en el caso de Thompson. Pese a su exclusión del mundo académico pleno (del funcionariado de las universidades, diríamos en el caso español), y además de su experiencia en Harvard ya mencionada, Sweezy fue profesor visitante en Cornell (1958-1959), Stanford (1961), Yale y Cambridge (1971), New School for Social Research (1975), la Universidad de California en Davis (1976), Hosei University (Tokio, 1979) y la Universidad de Manchester (1980), aunque normalmente esto implicaba únicamente la docencia de una asignatura durante tres meses al año. Durante el período 1975-1977 fue también miembro del Comité Ejecutivo de la American Economic Association.

Robert Heilbroner, Albrecht Wellmer, Ed Nell, Paul Lazarsfeld o Leon Festinger, se situaba alrededor de los 40 alumnos). Es cierto: la clase de Sweezy fue un acontecimiento.

- b) Por lo que se refiere al estilo de dar clase de Sweezy, aquí sí que la evaluación de Levy requiere a mi entender una enérgica corrección. El perfil de Sweezy fue el propio de lo que hoy llamaríamos «un ciudadano implicado»: alguien que tiene unos firmes principios políticos y criterio propio, que cree que es su deber expresar de manera democrática y amable, con la pretensión de crear opinión, hacer razonar, persuadir legítimamente a sus conciudadanos; y todo ello con el objetivo nada menos que de transformar la vida. Sweezy ha sido la expresión perfecta de la noción de sociedad civil entendida como conjunto de ciudadanos con criterio propio, impulso de participación cívica y autoorganizados. Su estilo docente derivaba de ahí. No era un «mitinero» ni un agitador de masas; y la impresión que daba era que en ningún caso podía ser esa su intención. Su objetivo como docente era provocar la reflexión propia en los otros por medios racionales. Por otro lado, y desde la perspectiva de un marxista, su concepción de la docencia tenía poco que ver a mi entender con la identificación de ésta con la agitación política: nada más extraño al pensamiento de Sweezy. Creía firmemente que marxismo y ciencia social estaban lejos de ser incompatibles; al contrario, para él, el marxismo «bien entendido» (el marxismo creativo, innovador y antidogmático) *era* la ciencia social (o al menos su meollo)¹³. En este sentido, la comparación con Luxemburg, Lenin o Trotsky, ante todo líderes políticos, está completamente fuera de lugar, aunque sí señala que el estilo de docencia «politizada» que caracteriza a veces a algunos izquierdistas está bien introducida en la práctica de muchas personas aparentemente equilibradas. Mi recuerdo del Sweezy profesor, muy vívido, está en las antípodas: enseñar es enseñar a pensar, transmitir datos y razonamientos para que los otros se apropien de ellos y desarrollen un pensamiento propio, dialogar. El suyo era un estilo de dar clases basado mucho más en la racionalidad que en la emoción. Algo que, según mi recuerdo, sí que fue particularmente impresionante para un montón de nosotros y que no creo acertado denominar «profesoral».
- c) Que la independencia y la creatividad eran marca de la casa del marxismo de Sweezy lo atestigua el contenido de ese curso. Compuesto de catorce sesiones de clase (a razón de una sesión por semana a partir del 19 de febrero de 1975), agrupó los capítulos de los volúmenes 1 y 3 de *El capital* en trece temas; por este orden: naturaleza del capital y del capitalismo; oríge-

13. Esta idea se contiene ya en la cita anterior, p. 230. Se puede mencionar también la poca incomodidad que provocaba en Sweezy usar para sus argumentos el trabajo de autores del *establishment* académico, que incorporaba sin resquemor ideológico alguno a su arsenal de razones. Véase por ejemplo su respetuosa cita de uno de los mejores sociólogos del siglo XX, pero también jefe de filas del funcionalismo, recientemente fallecido, Robert K. Merton; en *Teoría del desarrollo capitalista*, p. 304 (y también p. 10).

nes del capital y del capitalismo; plusvalía absoluta; plusvalía relativa; maquinaria e industria moderna; reproducción simple y ampliada; acumulación de capital; concentración, centralización y monopolio; tendencia decreciente de la tasa de ganancia; mercancías, valor y trabajo; valor y precio de producción; el valor y el fetichismo de las mercancías; dinero, crédito y crisis. Conservo los apuntes, y no dejan lugar a dudas: se trataba de sesiones densas y concienzudas que tenían por único objetivo *entender* los fundamentos de la economía política de Marx. Y recuerdo muy bien que la reorganización del orden de los capítulos de *El capital* que el programa entrañaba, algo que afectaba especialmente al capítulo primero del volumen 1, provocó algunas muestras de rechazo entre los asistentes marxistas convencionales.

Pero, como decía antes, su verdadera aula no fue la universitaria (a fin de cuentas, y especialmente en Estados Unidos, un aula elitista) sino los pequeños, pero duraderos y desde luego muy influyentes, espacios institucionales creados alrededor de la revista *Monthly Review*. Como la «Review of the Month» o «comentario del mes» con que los editores —con pocas excepciones— han iniciado desde 1949 cada número de la publicación mensual, la mayoría de ellos ensayos de urgencia en la economía política de los asuntos de actualidad de las más variadas áreas escritos mayoritariamente por Sweezy¹⁴. O los famosos —entre los activistas de izquierda— *brown-bag lunch* semanales, o comidas de bocadillo con que Paul Sweezy y Harry Magdoff obsequiaban alrededor de una gran mesa a los más variados visitantes de todo el país y del mundo que visitaban la oficina de la revista y a partir de los cuales, con frecuencia, obtenían datos y sugerencias que incorporaban a sus artículos. No era raro coincidir en una de esas frugales pero divertidas comidas con un profesor de una universidad europea, una sindicalista de Seattle y un novelista de la izquierda latinoamericana, todo un intercambio conducido con maestría y espíritu dialogante por los editores que salvaguardaban así, de paso, su horario de trabajo creativo sin el cual la revista mensual era inviable. O también, finalmente, sus frecuentes intervenciones ante auditorios de activistas, estudiantes y miembros de las clases populares en Estados Unidos y en todo el mundo para difundir sus análisis.

Estos canales de difusión e influencia intelectual y cívica permiten entender en seguida la importancia y necesidad de una revista periódica que generara sistemáticamente y con regularidad interpretaciones alternativas a las oficiales sobre los acontecimientos de la época. Y eso es lo que ha sido —y es— *Monthly Review*. El nombre («revista mensual») fue seleccionado como una discreta tapadera para que los suscriptores y suscriptoras, sobre todo los de la primera época (el número 1, como se ha dicho, apareció en 1949), pudieran recibir

14. También en este punto son muy útiles los comentarios de Sweezy en la entrevista citada en la nota 8, p. 137.

tranquilamente en su buzón, sin sobresaltos excesivos, una publicación claramente subversiva a los ojos de la élite dominante en el período de la Guerra Fría. Prueba de ello, como veremos después, fueron las andanadas hostiles con que el Comité de Actividades Antiamericanas obsequió a los miembros de la revista. Los principios organizadores básicos de la publicación son muy claros, y a mi entender son tres. Primero, proseguir con el análisis detallado del capitalismo y su evolución iniciado por Marx y en la orientación o tradición de éste. Segundo, armarse de razones para deshacerse del sistema. Es sintomático al respecto este juicio de Huberman y Sweezy de 1968:

Los que formamos parte del movimiento radical y del movimiento por la paz no estamos en condiciones de decidir el resultado de los conflictos y luchas en el seno de la clase dominante norteamericana, ni ahora ni en el futuro próximo. Parece aconsejable que no quedemos atrapados en ellos. Por el contrario, deberíamos concentrar nuestros recursos y energías limitados en educar, por medio de palabras y acciones, a una parte lo más amplia posible del pueblo norteamericano acerca de la verdadera naturaleza del sistema en el que viven. Comprenderlo equivale a comprender la necesidad de deshacerse de él. («The fall of McNamara», *MR*, enero de 1968.)

Y esta manera de subrayar la naturaleza educativa del objetivo central de la revista fue lo que dio origen a una de las características distintivas de ésta, a saber, que las contribuciones y los artículos están escritos con relativa sencillez, despojados en la medida de lo posible de notas al pie y accesibles a la comprensión de cualquiera. *MR* no es una revista académica de izquierdas, como sí lo es, por ejemplo, *New Left Review*, sino llanamente una revista política dirigida a las clases populares educadas (que, por otro lado, se basa en una firme concepción de la ciencia social como fuente de conocimiento útil para la argumentación, la adopción de criterios y la acción).

Y el tercer principio organizador de *MR*, finalmente, consiste en desarrollar la teoría y la práctica de un socialismo renovador y de futuro. Que este principio ha sido decisivo en la evolución de la obra de Sweezy, y en concreto, en la de *Monthly Review*, lo avala el famoso artículo que el gran científico Albert Einstein escribió para el primer número de la revista. En «¿Por qué el socialismo?», Einstein analiza las razones del socialismo y concluye así:

En nuestra época de transición, resulta de fundamental importancia comprender con claridad los objetivos y problemas del socialismo. Teniendo en cuenta que en las actuales circunstancias la discusión libre y sin inhibiciones sobre estos problemas se ha convertido en un poderoso tabú, considero que la creación de esta revista constituye un importante servicio a la sociedad (*Revista Mensual/Monthly Review*, n.º 1, mayo de 1977).

Es bastante evidente que este tercer principio organizador de *MR* ha producido unos resultados directos ciertamente modestos, aunque no hay que olvidar las condiciones casi de «exilio interior» en que se mueve la izquierda

norteamericana. Pero lo más importante de *Monthly Review*, a nuestro entender, ha sido el estilo que ha creado, un estilo de análisis, pero también de hacer política en condiciones de capitalismo avanzado y (relativamente) democrático. El enfoque *Monthly Review* para una práctica socialista en el país capitalista más avanzado se caracteriza por los siguientes acentos —intelectuales y políticos— que constituyen sus señas de identidad; vale la pena dejar en este punto la palabra a Sweezy:

El enfoque de *Monthly Review* sigue el espíritu de Marx —revolucionario, no reformista, no revisionista y, al mismo tiempo, no dogmático y no fundamentalista—, y es consciente de que Marx no tiene la última palabra en todo o, incluso, en nada. Reconocemos que, cien años después, han aparecido todo tipo de fenómenos nuevos que hay que abordar con el espíritu de Marx y no con algún tipo de exégesis de Marx. Yo diría que ésa es la primera característica y, de algún modo, la más importante de esta tendencia. [...] Continuemos con el segundo tema, que es el descubrimiento o la ruptura de Baran acerca de la relación entre las partes desarrolladas y no desarrolladas del mundo capitalista. Es la teoría de que el capitalismo no se extiende mediante la creación de un sistema homogeneizado a imagen de los países avanzados que marcaron el camino, sino que crea más bien un sistema global polarizado en áreas desarrolladas y no desarrolladas, de forma que se trata de partes dialécticamente interrelacionadas como partes de un todo, pero no de partes homogéneas o partes que vayan a ser en ningún caso homogéneas. Eso lleva más o menos directamente a la interpretación del hecho histórico de que las revoluciones, a partir de la Segunda Guerra Mundial, no se han dado en los países capitalistas más avanzados, sino en los menos avanzados, en los países capitalistas subdesarrollados. La Revolución Rusa fue algo así como un presagio de ello, pero no se interpretó de ese modo. Con posterioridad, materiales de Marx que se han publicado en las últimas décadas ha mostrado que él mismo comenzaba a pensar en términos de una relación dialéctica entre países avanzados y subdesarrollados.

Tenemos también el énfasis de Harry Magdoff en el imperialismo, muy relacionado con la obra de Baran y con los trabajos sobre el capital monopolista y el proceso de acumulación, pero que lo pone todo en contexto y lo aplica a la historia de la Segunda Guerra Mundial y del periodo de postguerra. *La era del imperialismo* es como un resumen de un gran número de nuevos desarrollos, tanto empíricos como teóricos, reunidos en un todo coherente.

La contribución de Braverman consiste básicamente en retornar a las ideas de Marx, sobre todo al primer volumen de *El capital*, acerca de la división del trabajo y la aplicación del conocimiento científico al proceso de producción, a los cambios en el proceso de trabajo y a la degradación del proceso de trabajo detallado, a la concentración de los conocimientos prácticos y de los conocimientos sobre la producción en la oficina central, cosa que, tal y como ocurre en el caso del movimiento del *management* científico [de Taylor], convierte a los obreros más o menos en partes de un proceso dominado por la máquina más que seres inteligentes que tienen que imaginar su propia manera de utilizar los materiales y las herramientas.

Hay otras partes de la imagen global que creo que sólo hemos comenzado a abordar con éxito, como es el nuevo papel de las finanzas en los últimos vein-

te años. El proceso de acumulación de capital tiende a atascarse en las formaciones capitalistas tardías. Eso, en lugar de producir un colapso, como pasó en la década de 1930, y un profundo estancamiento que duró toda una década y del que sólo se salió con la guerra, hay una tendencia en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial a que genere ciertas contraactuaciones en el área de las finanzas. Lo que se aprecia en la actualidad es una nueva manifestación de la tendencia del capital a dirigirse no tanto a la producción de bienes y servicios como a la manipulación del dinero y a la especulación, a generar dinero directamente sin la intermediación de un proceso de producción. [...] Acabará por producir su propia forma de colapso, pero no será el mismo tipo de colapso que hemos tenido antes. («Entrevista con Paul Sweezy», en *Monthly Review. Selección en castellano*, n.º 1, Hacer, Barcelona, 2004, p. 151-153.)

La *Monthly Review Press* fue la editorial fundada sobre el éxito de la revista. Como editor de libros, Paul Sweezy introdujo en la cultura anglosajona un enorme abanico de los más variados textos de la izquierda mundial, con énfasis especial, como es lógico, en los textos procedentes de la periferia del sistema (entre otros, por poner un ejemplo, los de Eduardo Galeano), además, claro está, de los estudios de los «autores de la casa» (sus propios libros, los de Huberman, Magdoff, Baran, Kalecki, Braverman, Amin, Frank, Chomsky, Wallerstein y un largo etcétera), pero sin olvidar los de innovadores menos heterodoxos políticamente, pero igualmente eminentes, como Josef Steindl¹⁵ o Joan Robinson.

El activista

Aunque Sweezy no lo menciona en la cita inmediatamente anterior, muchos observadores aprecian una característica adicional, muy importante, del *enfoque Monthly Review* que se sitúa fuera del ámbito estrictamente intelectual (los puntos que menciona en esa cita) para ubicarse en el de la política y la acción cívica. El *activismo* de este estilo consiste en una especie de autoorganización democrática permanente, en los lugares de trabajo y de relación social, para impulsar una transformación social en el mundo de la vida mismo. En este sentido, podría decirse que el activismo de Sweezy, aunque procede de personas, como él, que vivieron de lleno la época de la «vieja izquierda» histórica (los comunistas de la tercera internacional, los socialdemócratas de la segunda y los movimientos nacionalistas, como recuerda con frecuencia Wallerstein¹⁶), tiene ya un estilo y unos puntos de anclaje intelectual que son más propios de la Nueva Izquierda que estalla a partir de los años sesenta del siglo pasado (y que en buena parte impulsan estas personas). Algo perceptible en el acento moral que pone en los actos de los individuos y, por lo que se refiere a organizaciones e instituciones, la necesidad de la autoejemplificación (la necesaria correspondencia entre la

15. Josef STEINDL, *Maturity and Stagnation in American Capitalism* (1952).

16. Véase, por ejemplo, G. ARRIGHI, T.K. HOPKINS e Immanuel WALLERSTEIN, *Movimientos antisistémicos*, Akal, Madrid, 1999, p. 85 y también 86-87.

doctrina proclamada y la práctica cotidiana). Y éste es el motivo de que, a diferencia de la mayoría de los radicales comunistas y socialistas de su generación, el marxismo de Sweezy —y de *MR*— haya conectado sin mayores problemas con la nueva generación de los movimientos de Seattle y años posteriores.

Para ilustrar el activismo cívico de Sweezy, conviene recordar algunos momentos de lo que es una lección de política práctica para comunistas o radicales con criterio propio («independientes», como indica el subtítulo de *Monthly Review: Revista socialista independiente*¹⁷) en países de capitalismo avanzado. Un primer momento revelador importante es la reacción de los miembros de la revista ante el acoso del macartismo, bien resumida por J. J. Simon:

En julio de 1953, el editor y fundador Leo Huberman y el frecuente colaborador Harvey O'Conner fueron convocados ante el senador McCarthy. Ambos desafiaron la autoridad del Comité invocando las garantías de libertad de expresión de la Primera Enmienda. Huberman se enfrentó directamente a McCarthy cuando se le preguntó de qué forma sus opiniones «se desviaban» de las de los comunistas y dijo: «quiero que quede meridianamente claro que la cuestión no es el comunismo [...]. La cuestión (es) mi derecho como autor y editor a ejercer mi ocupación.»

Y los editores de *MR* la ejercieron. En un número especial publicado ese año sobre «Las raíces y las perspectivas del macartismo», los autores de los artículos se mostraron fundamentalmente pesimistas, y con razón, respecto a las posibilidades de detener lo que parecía ser la marea creciente de una caza de brujas. Algunos incluso mostraban su preocupación por el advenimiento de una variedad norteamericana de fascismo.

El desafío de Paul Sweezy a los inquisidores locales de New Hampshire fue algo más que una actuación por principios personales. Se negó a dejarse arrastrar a respuestas sobre la forma en que habían escogido defenderse las personas. Aunque desestimó el privilegio contra la autoincriminación, defendió dicha postura como una elección necesaria. Apoyó a todos cuantos se resistieron a la invasión de las libertades políticas, lo hicieran como lo hicieran. Para Sweezy y para Huberman, la libertad de expresión no era un constructo abstracto, sino una herramienta necesaria para su análisis de la lucha mundial contra el imperialismo, la explotación y las demás enfermedades propias del capitalismo, así como para su defensa de la justicia social.

Sweezy fue condenado por desacato y su caso viajó por varios tribunales estatales y federales. En junio de 1957, el Tribunal Supremo suspendió la condena de Paul en una decisión que se contempló de forma generalizada como parte del fin de la caza de brujas. Pero los editores de *MR* tenían una opinión diferente. En 1954, llamaron la atención sobre el inicio del declive macartista. ¿Qué había ocurrido? Con la claridad que los caracterizaba, señalaron que las grandes empresas norteamericanas y sus aliados habían logrado sus objetivos: los grandes sindicatos industriales habían quedado domesticados y se había

17. Dice Sweezy al respecto en «Entrevista con Paul Sweezy», *Monthly Review. Selecciones en castellano*, n.º 1, Hacer, Barcelona, 2004, p. 138:

«P.: ¿Recuerda qué es lo que significaba “independiente” para ustedes?

P.S.: Independiente de cualquier línea política dictada por otras personas.»

logrado el consenso en el apoyo a los objetivos de la Guerra Fría en política internacional. La extrema derecha ya había cumplido su cometido y ahora se la podía refrenar. Los «guerreros de la Guerra Fría», tanto liberales como conservadores, volverían a sus ocupaciones habituales. Todavía vivimos las consecuencias de esa época¹⁸.

El activismo de los animadores y editores de la *MR*, con Sweezy a la cabeza, se manifestó también en muchas de las crisis políticas generadas por la dinámica imperialista de los sucesivos gobiernos norteamericanos. Y cobró fuerza especial durante la Guerra de Vietnam, durante la cual, en una de las protestas callejeras en Washington, Sweezy fue detenido.

Es este activismo cívico de Sweezy el que ha movido a Robert Pollin a sugerir con acierto que, toda vez que la asociación del primero con Joseph Schumpeter coincidió con la elaboración de *Capitalismo, socialismo y democracia*, «me parece meridianamente claro que Paul fue el modelo de Schumpeter del tipo de persona que haría que la sociedad socialista funcionara» (op. cit. en la nota 11, p. 57).

Paul Sweezy se insertó en los proyectos abiertos a la disidencia cívica y política del siglo XX de manera compleja. Fue un comunista, pero no sólo no militó ni estuvo cerca de la militancia en partidos de esa denominación, sino que fue muy beligerante contra el estalinismo y atacó con argumentos los diversos reformismos que cuajaron en el seno de esa tradición (véase al respecto «El nuevo reformismo», artículo con que Sweezy y Magdoff saludaron la rectificación eurocomunista en 1977¹⁹). Todo ello en paralelo a su ya citado desmascaramiento de la verdadera naturaleza de clase del «socialismo real». Subtituló su revista como «revista socialista independiente», pero se situó en las antípodas de la socialdemocracia contemporánea (por lo que parece justo atribuir a ese vocablo, «socialista», en su caso, un sentido de vinculación intencionada a la tradición clásica de disidencia anticapitalista genérica). Se avanzó a su tiempo en su planteamiento de la acción política como algo consustancial al ciudadano y a la ciudadana autónomos que buscan la autoorganización en los lugares de interacción social y que declinan el dogmatismo organizacional, algo que le conectó con la «nueva izquierda» que emerge de la ruptura de 1968 e incluso con la «novísima» izquierda del cambio de milenio. Pero, pese a ello, por poner un ejemplo, los economistas radicales de la URPE norteamericana de los años setenta y ochenta no lo consideraban exactamente como uno de los suyos, quizá por edad (aunque le reconocían una enorme autoridad moral). Practicó un marxismo de orientación a la vez civilizada y rupturista. Produjo obras de reconocido y exquisito valor académico, pero se automarginó y se situó fuera de los recintos de la academia. En este punto al menos era muy consciente de lo que hacía:

18. John J. SIMON, «Sweezy contra New Hampshire»: el radicalismo de los principios», en *Monthly Review. Selecciones en castellano*, n.º 1, 2004, Ed. Hacer, p. 129.

19. *Revista Mensual/Monthly Review*, vol. 1, n.º 1, mayo de 1977.

Siempre me ha dado la impresión de que las personas que empiezan como radicales y que tenían todas las intenciones de seguir siendo radicales, cuando se ven sometidas a las presiones del mundo real encuentran que después de un tiempo eso las pone en una posición bastante imposible en muchos aspectos. Por lo tanto, se dejan llevar allí donde les llevan las oportunidades y pronto ajustan sus ideas y sus valores, sus valores y sus preferencias políticas, a las posibilidades reales. Si yo no hubiera tenido rentas independientes, no me habría sorprendido mucho haber seguido ese camino. No puedo decir que sea ningún héroe. El único motivo por el que culpo a algunas personas es porque dieron media vuelta y se unieron al bando contrario y, por el camino, vendieron a sus viejos amigos y a sus socios por el bien de su carrera. Eso lo encuentro despreciable. Pero el hecho de que no continúen siendo activistas de izquierdas, no puedo encontrar nada dentro mío que me permita criticarlo. Lo entiendo perfectamente.

Es el problema de esta cultura. No es totalitaria en el sentido que tiene el término en el discurso político o popular, pero es terriblemente totalitaria en un sentido más profundo. No puedes sobrevivir y ser tú mismo y al mismo tiempo triunfar con ello en esta cultura en particular. Los medios que tienen para mantener el control y excluir a las personas que no siguen las marcas son sutiles, pero efectivos. Muy efectivos. («Entrevista con Paul Sweezy», op. cit., p. 146-147.)

En las décadas recientes, ante los embates del marxismo analítico y de la izquierda académica postmoderna, Sweezy permaneció fiel a sus postulados y, en cierta forma, su conocida posición ganó muchos enteros a medida que las problemáticas oscurecidas por el auge de los nuevos estilos culturales, como el imperialismo, la dialéctica centro-periferia y la «vuelta» de las movilizaciones desde abajo por parte de una ciudadanía autoorganizada (en París en 1995, en Seattle en 1999, en el mundo en febrero de 2003, etc.), se replanteaban con más fuerza que nunca y confirmaban el estratégico papel de Sweezy y *MR* como parte a la vez del viejo y del nuevo mundo de la izquierda radical y, en particular, como sólido fundamento de la economía política de la izquierda del mañana.